

EL ESPECTADOR

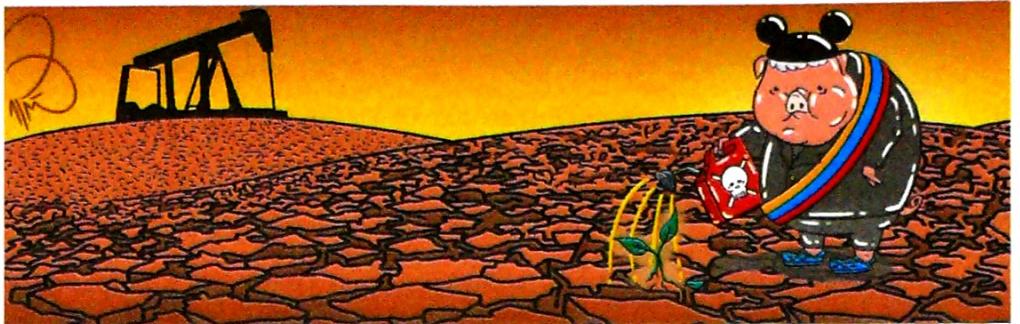
FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. **Fidel Cano**Gerente **Eduardo Garcés López** Director **Fidel Cano Correa**

Consejo Editorial

Presidente **Gonzalo Córdoba Mallarino****Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.**Editor General **Jorge Cardona**Vicepresidente Comercial **Caracol Unidad de Medios**
Mauricio Umaña Blanche

Patán



La Pachamama

Directores **Fidel Cano Gutiérrez**: 1887 - 1919 **Luis Cano**: 1919 - 1949 **Gabriel Cano**: 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958 **Guillermo Cano**: 1952 - 1986 **Juan Guillermo y Fernando Cano**: 1986 - 1997 **Rodrigo Pardo**: 1998 - 1999 **Carlos Lleras de la Fuente**: 1999 - 2002 **Ricardo Santamaría**: 2003 **Fidel Cano Correa**: 2004 fidelcano@elespectador.comEl Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI
© Comunican S.A. 2018. Todos los derechos reservados.
ISSN 0122-2856. Año CXXXI. www.elespectador.com

Opinión

La democracia, en manos de Zuckerberg

HACE POCO MÁS DE UN MES, Mark Zuckerberg, fundador y director de Facebook, escribió una columna para *The Washington Post*. En ella explicó que “empresas (como la nuestra) tienen inmensas responsabilidades (...) cada día tomamos decisiones sobre qué discursos son dañinos, cómo identificar una pieza publicitaria con fines políticos y cómo prevenir ataques cibernéticos sofisticados”. Por eso concluyó que era hora de que los gobiernos expidieran regulaciones sobre la materia.

Aunque llegó varios años tarde, la solicitud de Zuckerberg no debería caer en oídos sordos. Es momento de que los gobiernos del mundo, Colombia incluida, se tomen en serio la expedición de normativas y la creación de agencias capaces de limitar la omnipotencia de Facebook y empresas similares (aunque no hay muchas con tanto poder y tan poca transparencia como Facebook).

Basta recordar una serie de hechos nefastos que vienen sucediendo por la incapacidad de Facebook para asumir su responsabilidad social. Millones de usuarios vieron cómo su información se filtró a una consultora política porque Facebook no supo protegerlos, elecciones en todo el mundo han sido manipuladas por la ausencia de reglas so-

bre publicidad política, las noticias falsas se han difundido como pan caliente y medios de comunicación han sido afectados en su viabilidad por el caprichoso algoritmo de la red social. Incluso hemos visto la ocurrencia de un genocidio para el cual un arma esencial fue la mensajería de Facebook.

Sí, necesitamos una regulación estricta. La necesitábamos, de hecho, hace tiempo. Facebook lleva varios años actuando como un supraestado concentrado de manera exclusiva en aumentar su base de usuarios y obtener más ingresos, sin asumir la responsabilidad que conlleva adquirir tal nivel de influencia.

Esta semana, en un sugestivo texto publicado por *The New York Times*, Chris Hughes, cofundador de Facebook, explica la magnitud del problema. Debido a la estructura

“Es momento de que los gobiernos se tomen en serio la expedición de normativas y la creación de agencias capaces de limitar la omnipotencia de Facebook y empresas similares”.

interna de Facebook, el poder de Zuckerberg es absoluto. Es él “quien decide cómo configurar los algoritmos de Facebook para determinar lo que sus usuarios ven, qué configuración de privacidad pueden elegir, qué mensajes se permiten enviar (...) cuáles son las reglas para distinguir los discursos violentos e, incluso, puede decidir bloquear a la competencia comprándola, bloqueándola o copiándola”.

En síntesis, Zuckerberg, sin competencia alguna, controla una serie de factores que afectan el día a día de más de 2.000 millones de personas, incluyendo las dinámicas democráticas y políticas de los países en los que residen. “Nunca en la historia”, escribe Hughes, alguien había tenido tanto poder como Zuckerberg “para monitorear, censurar e incluso controlar la conversación de estos 2.000 millones de personas”.

Aunque Hughes propone una solución que nos parece excesiva —forzar a Facebook a fragmentarse en varias empresas independientes—, sus denuncias no pueden caer en saco roto. Necesitamos regulaciones efectivas y agentes reguladores que conozcan el tema y tengan las herramientas para presionar a empresas del tamaño de Facebook. Ese es el gran reto del presente y el futuro de nuestra democracia.

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com

Burbujas en la testa del sabio

JULIO CÉSAR LONDOÑO

LA NOTICIA SE HA MANTENIDO EN secreto: Rodolfo Llinás está loco. Nadie lo dice pero todo el mundo lo piensa. Conspira a su favor la reputación de agudísimo neurocientífico; sus investigaciones con cerebros de tiburones, sapos, chimpancés, cocodrilos, aves, gatos, delfines y hombres que lo convirtieron en la primera autoridad mundial del cerebelo; el íntimo conocimiento de las neuronas motoras; los trabajos con la NASA sobre el pensamiento en gravedad cero; las investigaciones sobre la electrofisiología de la función sináptica; la audaz afirmación de que el “yo” no existe, que es solo un modelo que el cerebro construye para darnos una ilusión de permanencia, de identidad.

Aunque es una de las cuatro personas que mejor conocen los misterios de la mente, no ha podido escapar a la maldición de la neurología, “esa ciencia que lo sabe casi todo sobre la estructura del cerebro y casi nada sobre su funcionamiento”.

Los primeros síntomas de la locura de Llinás se manifestaron hace varios años. La conciencia, dijo sin inmutarse, está formada

por unos osciladores eléctricos situados en la oliva inferior, un núcleo celular en la parte inferior del tallo cerebral, donde nacen las fibras trepadoras que ascienden al cerebelo.

Un poco más, y Rodolfo se toma una *selfie* con su conciencia.

Nota: los neurocientíficos son lunáticos irredentos. Si el psiquiatra es un Quijote que lucha con fantasmas, el neurocientífico es un sujeto empeñado en fotografiarlos.

Aunque es una entidad muy arisca, incluso para la semántica, los psicólogos definen la conciencia como otra vuelta de tuerca de la mente, una facultad que nos permite saber que sabemos, que somos.

Los pitagóricos la ubicaban generalmente “a lo diagonal del alma”.

Luego del episodio olivo-oscilante, Llinás tuvo un raptó de lucidez: la conciencia, dijo, es una función del cerebro, como la mente, y está en todo el cuerpo.

Pero al poco tiempo recayó y se enamoró del agua, en especial de las aguas procesadas con altas concentraciones de energía para crear burbujas de vacío e inyectarles oxígeno. Tomar este elixir, aseguraba, potenciaría las funciones inmunológicas de las células, hecho que le permitiría a la ciencia luchar con buenas posibilidades contra el alzhéimer, el párkinson, la esclerosis múltiple y el asma, e incluso contra la mismísima vejez.

En suma, las “nanoburbujas” eran algo

mucho más poderoso que la mezcla del ajo, el limón y la fe.

La noticia resonó en los periódicos en 2013 y 2014, y una multinacional farmacéutica colombiana se interesó en el proyecto. Al fin y al cabo, era Llinás el que lo proponía y lo sustentaba con argumentos sobre el fortalecimiento de las membranas celulares y mostrando la serenidad que producían las nanoburbujas en un acuario lleno de pececitos rojos.

Un neurólogo que estuvo en la presentación del proyecto en Bogotá me asegura que el sabio se molestó cuando le preguntaron si las nanoburbujas ya habían sido experimentadas con otras especies animales. Estoy seguro de que Llinás pensó: “No, hombre, a eso vengo, a experimentar con rolos”. Pero se contuvo y se retiró muy airado del recinto con su acuario debajo del brazo.

Desde entonces, no ha vuelto a mencionar el tema. La multinacional tampoco.

Nota final: estamos en el futuro. Buscar la inmortalidad física no es un sueño demasiado ambicioso. Google está invirtiendo miles de millones de dólares en investigaciones encaminadas a vencer la muerte. No nos extrañemos si logran estirar mucho más allá del siglo la esperanza de vida (al menos la esperanza de los multimillonarios) echando mano de procedimientos tan sofisticados como las terapias genéticas, y algunos elixires caros, como agua con burbujas y cristales de sábila.

Cándida

